

EL MENSAJE SOCIAL DE LOS PROFETAS POST-EXÍLICOS

No hay duda de que Amós es el profeta social por excelencia del AT y que su mensaje sigue hoy, como antaño, levantando ampollas. Pero tampoco tiene la exclusiva ni son sólo los profetas pre-exílicos los que vibran con la fibra social. El presente artículo lo muestra con claridad. Su publicación -condensado- en este número monográfico pretende ser, además, un pequeño homenaje al que fuera uno de los exegetas que más contribuyeron a la renovación bíblica en Brasil.

A mensagem social dos profetas pós-exílicos, Revista de Cultura Bíblica 15 (1991) 77-104

I. Los profetas de los primeros decenios (Is III, Za)

La deportación y el exilio babilónico (597-537 a.C.)

Hubo al menos tres deportaciones principales hacia Babilonia: en 597 a.C., fueron deportados 10.000 (o 7.000) de la élite del pueblo (Jr 13,1819); en el 587 y 586, después de la ruina de Jerusalén y del templo, fueron deportados varios millares de personas (Jr 39,9-10); finalmente, en el 581 (o 582) fueron deportados más de 745 judíos (Jr 52,30). Según las cifras dadas por Jeremías, en las que no cuenta la población pobre del país, el número total de los deportados no debería sobrepasar los 100.000.

Establecidos en varios lugares al sur de Babilonia y sin haber sido dispersados entre otras etnias tenían permitida cierta vida comunitaria: tenían sus "ancianos", celebraban sus reuniones y, además, podían comunicarse con bastante facilidad con la patria lejana. Sin embargo, estaban lejos de su patria, en país extranjero y pagano, y, sobre todo, estaban lejos del templo; mejor, sin templo alguno (cfr. Sal 137).

El problema principal y fundamental era de orden religioso. Vencido el pueblo elegido, parecía vencido también su Dios. ¿Qué valían las promesas de Dios de que habitaría para siempre en la ciudad santa de Jerusalén, en su templo, y de que mantendría para siempre la dinastía davídica? Y estaba allí la tentación de la apostasía: el culto espléndido de los dioses babilonios con sus numerosos templos y solemnes procesiones. Ya el profeta Ezequiel procuró responder a estos problemas vitales para la propia subsistencia del pueblo elegido.

Los judíos exiliados, instalados en el nuevo ambiente y llegando incluso algunos de ellos a hacer fortuna, seguirían con vivo interés los éxitos políticos y militares de Ciro (en octubre de 539 Babilonia caía en sus manos), esperando tal vez un cambio en su propio destino. Fue en estos años cuando surgió uno de los grandes profetas de Israel, el llamado "Deutero-Isaías" (Is II). En sus inflamados discursos pretende inspirar ánimo y fortaleza a los exiliados: Yahvé no ha sido vencido, él es el Señor de la historia, "el creador de una cosa nueva", el Dios único quien, al contrario de los dioses babilonios, prevé el futuro y predice la vuelta del exilio, a la manera de un nuevo éxodo. Este Dios

ha escogido al pagano Ciro como su "ungido" y el instrumento de sus planes respecto a su pueblo.

En su primer año de reinado en Babilonia, Ciro permitió la vuelta de los judíos exiliados y la reconstrucción del templo a expensas reales (Esd 1,1-14; 6,3-5). Un primer grupo de repatriados, bastante reducido al parecer, se puso en marcha bajo la dirección del príncipe judío Sesbasar (Esd 1,5.8b). Una de las caravanas más importantes y numerosas que siguieron parece haber sido la que partió bajo la dirección del gran sacerdote Josué y del príncipe Zorobabel, nieto del rey deportado Joaquín (Esd 3,2.8; 5,2). El historiador y exegeta J. Bright piensa que el número total de la población judía, contando los que habían permanecido en el 586, difícilmente superaría los 20.000, y ello en un territorio muy reducido (unos cuarenta kilómetros cuadrados), por lo que este distrito judío era una isla minúscula perdida en el inmenso imperio persa.

Si los repatriados contaban con la realización inmediata de las grandes promesas de Is II, quedaron amargamente decepcionados, pues los primeros decenios fueron muy duros. Hubo sequías sucesivas, agravadas por plagas, con las consecuencias de que muchos quedaron sin comida y sin ropas suficientes y de que los salarios no bastaban para el sustento (Za 8,10); a la miseria siguieron los robos (Za 5,34). Los vecinos samaritanos se mostraron hostiles (Esd 4,1 ss) e incluso los judíos que habían permanecido en el país no veían con buenos ojos a estos recién llegados que se creían el "verdadero Israel". Además, surgieron disputas y desavenencias por la posesión de la tierra, llegándose a la violencia, como insinúa Za 8,1 Ob. El desaliento era generalizado, como lo demuestran las predicaciones de Ageo, Zacarías e Is III y el Sal 85. En una palabra: la restauración estaba seriamente amenazada y había quien pensaba que Yahvé había perdido el control de la situación.

Las obras del templo, comenzadas sin tardanza por Sesbasar, se detuvieron al poco tiempo y ya en estos primeros decenios habían comenzado los matrimonios mixtos con samaritanos y paganos, los cuales, muchos decenios después, tanto desasosiego y trabajo darán a Esdras y a Nehemías (Esd 9,10; Ne 13,23-30). Ya Malaquías, algunos años antes que ellos, los hubo de combatir enérgicamente (Ml 2,11).

En esta situación ciertamente difícil y crítica surgen los profetas Ageo y Zacarías; a ellos, especialmente al primero les cabe el mérito de haber reanimado e incitado vigorosamente a los jefes y al pueblo a reemprender las obras del templo, el cual pudo ser inaugurado al cabo de cinco años (marzo del 515) (Esd 6,14-18). Algunas semanas más tarde se celebró con solemnidad la fiesta de Pascua (Esd 6,19-22). La conclusión de esta obra representa ciertamente uno de los factores más importantes para el renacimiento y la conservación de la comunidad judía post-exílica.

El mensaje social de Is III (L56-66)

¿De quién son estos oráculos y cuándo fueron escritos o proferidos? Es difícil atribuirlos todos al mismo profeta, pero el conjunto de los capítulos 56-66 se refiere a los dos primeros decenios después del exilio y se remontaría a un profeta-discípulo de Is II, el cual habría actuado en Jerusalén entre 536 y 520, siendo, por lo tanto, contemporáneo de Zacarías. Su predicación social, en la cual nunca encontramos mención expresa de las viudas y huérfanos, abarca diversos temas y representa un eco

muy fuerte de los profetas pre-exílicos y en especial de Isaías. Como *soluciones* propugna una caridad activa (pan para los hambrientos, vestido para los desnudos), la práctica de un ayuno auténtico y la guarda escrupulosa del sábado. Pasaremos ahora revista a los pasajes de Is III que tratan de la justicia social o encierran un mensaje social.

1. *La admisión de los extranjeros y eunucos en la comunidad elegida* (Is 56,1-8). Es significativo que el mensaje de Is III comience con una exhortación a "practicar el derecho y la justicia" (56, 1-2), como condición necesaria para la llegada de la salvación y justicia de Dios o de su justa intervención. Insistiendo en la práctica del "derecho y la justicia", Is III retoma un tema que encontramos en todos los profetas pre-exílicos. La recomendación expresa de la observancia del sábado es señal de los nuevos tiempos y herencia del exilio, aunque ya Amós, Oseas e Isaías hubiesen mencionado el sábado a propósito de las liturgias festivas y de la violación de los derechos humanos (Am 8,5b; Os 2,1-3; Is 1,13s). Ya Ezequiel (20,12-26;) había insistido en su gran importancia y más adelante Is III vuelve a tocar la misma tecla (58,13-14; cfr. v.3; 66,23): el sábado se había vuelto señal y criterio de ortodoxia u "ortopraxis" del verdadero israelita.

A continuación se da una solución para dos problemas prácticos de la comunidad restaurada: ¿los extranjeros o los no-israelitas pueden o deben ser admitidos al culto del pueblo elegido? y ¿cuál es la situación de los eunucos o deficientes físicos?

a) *Los extranjeros admitidos al culto* (Is 56,3a.6.7). Se trata del extranjero de paso y nuestro profeta está animado por una mentalidad abierta: si este extranjero adora a Yahvé, le presta culto, ama su nombre, y observa el sábado, tiene pleno acceso a la casa del Señor, el templo, para allí rezarle y ofrecerle sus sacrificios, holocaustos y víctimas. Es notable el universalismo religioso: el templo es casa de oración para todos los pueblos (v. 7 y Mc 11,17. Estos extranjeros ambulantes no podían tomar parte en la celebración de la Pascua (Ex 12,43), y Dt 23,4 excluía del pueblo elegido a los amonitas y moabitas y restringía la admisión de los edomitas y egipcios (vv. 7-8). También Ezequiel había prohibido el acceso de los extranjeros al templo (44,7-9). Más tarde Esdras y Nehemías practicarían una política de pronunciada segregación racial (Esd 9,1-2; Ne 9,2). La orientación de Is III está presentada como oráculo de Yahvé (vv. 4a.8a) y va paralela al pasaje post-exílico de 1R 8,41-43 (oración de Salomón en el templo).

b) *El caso de los eunucos* (56,3b5). La ley excluía a los eunucos de la asamblea de Israel (Dt 23,2) y del sacerdocio (Lv 21,20). Nuestro profeta los consuela con una visión más espiritual: tendrán "monumentos y nombre" en el templo y en la ciudad, un "nombre eterno", algo que vale más que hijos e hijas. Los hijos, o la capacidad para tenerlos, ya no son una condición imprescindible para pertenecer a la asamblea o al pueblo elegido. Lo que importa es guardar los sábados de Yahvé y su alianza. Se abre un camino para una visión más amplia y espiritual de la comunidad, que, siglos más tarde, el libro de la Sabiduría repetiría abriendo, además, perspectivas semejantes para los casados estériles (3,13; 4,1-2).

2. *Contra los jefes indolentes y codiciosos* (Is 56,9-57,2). Esta invectiva con sus metáforas recuerda obviamente invectivas semejantes de los profetas pre-exílicos (Am 6,1 ss; Is 5,8ss; Jr 2,8; So 3,3-4; Ez 22,25-31; 34,1-22). Los "centinelas y pastores" (vv. 10a. 11b) son ciertamente los jefes responsables del bien común, pero no se ve bien si se refiere a los jefes políticos o a los religiosos (profetas y sacerdotes). El profeta los

compara irónicamente con cachorros mudos que no ladran, prefiriendo por comodidad o cobardía quedar callados antes que advertir al pueblo de los peligros que acarrearán sus pecados. Pero cuando se trata de los propios intereses, parecen cachorros hambrientos y voraces: en su propio provecho explotan sin dolor y sin piedad a los súbditos, como lo había descrito Ezequiel (22,25.27; 43,24). La incuria y negligencia también son descritos en la cena del banquete y de la borrachera (v.12). Todo ello recuerda a profetas pre-exílicos en contextos análogos (Am 4,1-3; 6,4-7; Is 5,11 s; 22,13; 28,1.78; Mi 2,11).

Las consecuencias funestas de tanta irresponsabilidad están presentes: a causa de la guerra el país está devastado y lleno de cadáveres que los animales salvajes devoran (56,9). Además, los hombres justos que trabajan por el bien común y que podrían evitar la desgracia inminente no se pueden mantener: desaparecen o son eliminados, ya sea por la carestía y el hambre, ya sea por el asesinato simple y puro, y nadie se preocupa por semejante pérdida (57,1).

3. *El ayuno auténtico (Is 58,112)*. Refleja la doctrina clásica y generalizada de los grandes profetas pre-exílicos respecto al culto y a las prácticas externas de la religión. Tienen su valor, siempre que no estén viciadas por actitudes antisociales e injusticias y vayan acompañadas por un espíritu comunitario y por el amor al prójimo, sobre todo a los más débiles e indefensos. La comunidad post-exílica, atormentada, se pregunta: ¿por qué no llega la maravillosa salvación que el gran profeta del exilio había prometido con tanto ardor y tan vivos colores? La comunidad piensa que, por su parte, hace todo lo posible para merecer el cumplimiento de estas promesas (busca al Señor, practica la justicia y el derecho y, sobre todo, ayuna y se mortifica). La respuesta del profeta es doble. Por un lado señala lo que en la conducta de ellos está equivocado: que en un día de ayuno traten sus negocios, obliguen a los obreros a trabajar, trameten peleas y discusiones, llegando incluso a herir... Así no pueden esperar que Dios escuche su voz. Por otro lado, no bastan los ritos y las mortificaciones externas: andar cabizbajos (cfr. Mt 6,16) o revestirse de cilicio y sentarse en el polvo. Es preciso acabar con la opresión y la explotación, con los gestos de amenaza o de desdén y con las palabras calumniosas. El profeta reclama dar libertad a todos los prisioneros (por ej. a los deudores insolventes), dar pan al hambriento, acoger a los pobres, dar vestido a los que no tienen. En una palabra, es preciso practicar la caridad con todos los necesitados, sin zafarse de "la propia carne".

Si los repatriados practican un ayuno semejante, entonces Dios hará brillar como luz la salvación y la ciudad santa, el templo y todas las otras ciudades arruinadas serán restauradas. Estas exigencias tan humanas anticipan, en parte, la doctrina de Jesús en el discurso sobre el juicio final de Mt 25,31-45. Así, nuestro profeta recoge y resume la predicación social de sus antecesores, especialmente de Amós (5,21-27), de Oseas (6,6), de Isaías (1,11 s) y de Miqueas (6,8), aunque, a pesar de andar dentro de la más pura tradición profética, se muestra hijo de su tiempo postexílico al insistir en la obediencia escrupulosa del sábado como otra condición para que el ayuno sea acogido favorablemente por Dios (58,13-14), sin prestar atención especial al aspecto social de este día sagrado, como lo hace la recensión deuteronomista del decálogo (Dt 5,14b-15; cfr Ex 23,12).

4. *Injusticia, falsedad, violencia impiden la salvación (Is 58,1-15)*. Is 59 corre paralelo al capítulo precedente. El pueblo duda del poder de Dios y de su voluntad de salvación, y el profeta una vez más responde que la culpa no es de Dios, sino del pueblo y de sus

pecados: sus manos están manchadas de sangre, reinan la falsedad, la deslealtad, la mentira, la calumnia y la iniquidad, Las "telas de araña" de los vv. 5b.6 podrían referirse a las tramas de los intrigantes para enredar a los incautos e indefensos. Ya Oseas (4,2) y Jeremías (5,1-5) se habían quejado amargamente de la desaparición de la confianza mutua entre las personas, un malestar social muy serio.

Además practican la violencia y la opresión, y quien procura evitar el mal sale despojado o robado. Otra queja, como en todos los profetas pre-exílicos, es la que se refiere a los tribunales de justicia. El pueblo, al confesar sus culpas, también admite su apostasía y el haber renegado de su Dios, confesión que no parece referirse a la apostasía propiamente dicha (como en 57,39), sino al rechazo de la voluntad ética de Dios que exige justicia, honestidad, fidelidad y sinceridad.

Quizá parezca extraño que los repatriados, ya en los primeros dos o tres decenios después del regreso, hayan de ser acusados de faltas tan graves contra el orden social. Probablemente ello fuera debido a la precaria y difícil situación en que se hallaban, en la cual cada uno procuraría sobrevivir como pudiera, aunque fuera a costa de los otros y especialmente de los más débiles.

5. *El profeta ungido para la liberación (Is 61,1-4)*. Del conjunto bien estructurado y unitario de los cap. 60-62, en el cual se pintan con colores vivos y palabras entusiastas la salvación de Sión-Jerusalén, nos interesa el fragmento 61,1-3, en el cual el propio profeta, en una especie de relato misión (cfr. 40,2-8), habla de su tarea, recordándonos al Siervo de Yahvé (42,1,7; 49,9; 50,4; cfr. 11,2; 48,16b; Mi 3,8). Veamos en primer lugar quiénes son los destinatarios de sus grandes promesas de liberación.

El profeta se dirige a los afligidos de Sión; da la buena nueva a los pobres o *anawim*, esto es, al grupo de personas que, por falta de recursos económicos, no consiguen situarse en la comunidad y por ello depositan toda su confianza y esperanza en Dios (cfr. 66,2b). Pero, ¿quiénes son los *prisioneros*, a los cuales anuncia la libertad? El término hebreo *châvâh* indica, las más de las veces, a los prisioneros de guerra (los deportados a Babilonia o los exiliados), pero el contexto nos muestra que estamos ya en los primeros decenios después del regreso (el culto funciona regularmente y el templo está reconstruido). Y el término *derôr* (=liberación) es técnico e indica la emancipación o manumisión concedida a los israelitas insolventes. Además, el *año de gracia* o del "favor/ agrado de Dios" parece tener en vista el año sabático o el jubileo que se celebraba cada siete y cada 49 años respectivamente y que comportaban el perdón de las deudas y la emancipación de los esclavos israelitas (Dt 15,1-18; Lv 25,10; Ex 21,2-11). Por lo tanto, la liberación de los prisioneros y el año de gracia serían expresiones sinónimas. Los hombres de corazón acobardado y de espíritu deprimido, los afligidos de Sión, claramente son los exiliados que hace pocos años volvieron y que ahora se hallan envueltos en innumerables dificultades en la restauración material y religiosa de la comunidad. Y, más probablemente, no piensa en toda la comunidad, sino en el grupo de sus miembros piadosos o en los *anawim*. Por lo tanto, el "pobres" del v.1b también comprende los hombres de corazón acobardado, los prisioneros y encarcelados, los afligidos y, así, la proclamación de "llevar la buena nueva a los pobres" se constituye como título común para todo lo que sigue hasta el fin del v.3.

La liberación y los cambios, proclamados en nombre de Dios, comprenden también bienes materiales, pero no se dice nada en concreto de cómo se ejecutaría este programa

social. Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret el texto de Is 61,1-2a y 58,6 y se lo aplicó a sí mismo en un sentido más espiritual.

6. *Los pueblos extranjeros como misioneros y sacerdotes-levitas (Is 66,18-21)*. Ya vimos la actitud abierta de Is III para con los extranjeros, admitiéndolos en la comunidad yahvística. Ahora tenemos otro pronunciamiento, hasta cierto punto único, respecto de ellos. Yahvé tiene el proyecto de reunir en su monte santo "todos los pueblos y lenguas". Lo interesante y admirable está en que ellos mismos cooperarán para esta concentración: cierto número de salvados o escapados del juicio de Dios se dirigirán a los pueblos vecinos y lejanos para anunciar la gloria de Yahvé que ellos conocieron existencialmente en su juicio sobre las naciones. Por lo tanto, estos salvados o este resto sagrado asume la tarea misionera del Siervo de Yahvé (42,1 d.4b.6d; 49,1.6). La invitación que Is les había hecho de participar en la salvación queda superada ahora con creces: los paganos convertidos conducirán en triunfo a los judíos dispersos entre ellos hacia la ciudad santa de Jerusalén. Estos judíos de la diáspora serán como la ofrenda que los pueblos convertidos presentarán a Yahvé.

No sólo serán misioneros, sino que también serán sacerdotes y levitas, integrando el personal de culto del templo, aunque no sean de ascendencia sacerdotal (cfr. Esd 2,62; Ne 7,64) ni siquiera de ascendencia israelita. Esto es un privilegio único en el A.T. Es verdad que queda una duda: ¿de quiénes se trata? En el sentido obvio son los paganos convertidos que conducen a los judíos de la diáspora hacia Jerusalén. Pero también podrían ser estos judíos de la diáspora, entre los cuales habría también sacerdotes y levitas y que quedarían equiparados al sacerdocio ya establecido del nuevo templo. También hemos de tener en cuenta que en la gloriosa restauración de Sión todos los miembros de la comunidad serán llamados "sacerdotes de Yahvé" y "ministros de nuestro Dios" (61,6; cfr. Ex 19,6; 1 P 2,9; Ap 1,6) y, por lo tanto, no habría gran novedad, incluso tratándose de los judíos de la diáspora, y no de judíos residentes en Judea, como son los de 61,6.

De todos modos, el hecho de que paganos convertidos lleguen a ser misioneros del Dios de Israel es expresión de una mentalidad muy abierta.

El mensaje social de Zacarías

1. *La justicia social y la caridad valen más que el ayuno (Za 7,5-10; 8,18-19)*. Zacarías, profeta contemporáneo de Is III, nos da su mensaje en los Cáp. 7 y 8 (una especie de apéndice al primer libro), cuando responde a una consulta de la comunidad de Betel (¿o quizás de Babilonia?) a propósito del ayuno del 5º mes. En vista de las circunstancias históricas (noviembre/diciembre de 518 a.C., dos años después de reiniciar las obras del templo y otros tantos antes de su término), la consulta a los sacerdotes y profetas tendría como fundamento las obras del templo que progresaban a ritmo satisfactorio. Entonces ¿por qué ayunar y hacer luto por la ruina del primer templo?

La respuesta de nuestro profeta recuerda una cuestión parecida en Is 58 respecto del ayuno auténtico: mira las implicaciones religiosas y sobre todo éticas. El profeta hace ver a todo el pueblo que el ayuno de ellos es interesado (no mira en primer lugar a Dios, sino a sus propios intereses) y que, sobre todo, más importante que el ayuno son los deberes éticos, especialmente la justicia social y la caridad para con los más débiles e

indefensos. La respuesta definitiva se cifra en la exhortación final: "Amad la verdad (o fidelidad) y la paz", (9, 19) frase que recuerda a Amós "Odiad el mal y amad el bien" (Am 5,15).

En este punto, Zacarías repite uno de los mensajes centrales de los profetas pre-exílicos e incluso exílicos, que representa así un óptimo resumen de los "profetas del pasado" (v.7a). Por esta cita y por el mensaje de Is III, se puede ver cómo este tema básico de la predicación profética caló en los corazones de los contemporáneos y quizás más todavía en los de los posteriores.

2. *Una exhortación a la justicia social*(Za 8,16-17). Reiterando lo dicho antes (7,9-10), el profeta insiste en la sinceridad y veracidad en el trato con los otros, de tal manera que se evite la hipocresía y cada uno pueda fiarse de la palabra del otro. Recalca *la administración correcta e imparcial de la justicia*, que no sólo debe restablecer la paz y la reconciliación entre los litigantes, sino que debe operar el equilibrio o bienestar general (cfr. Am 5,24): la realización de juicios honestos ("de verdad y de paz") es lo mismo que "amar la verdad y la paz" (8,19). Además, como en 7, 1 Ob, Zacarías condena los *sentimientos y pensamientos malévolos* e hipócritas contra los otros (raíz profunda de los males sociales), el *juramento falso*, tanto en los tribunales como en la vida en general. Esta preocupación por la sinceridad y la veracidad en las relaciones mutuas también aparece cuando dice, repitiendo el título que 200 años antes le había dado Isaías, que la ciudad de Jerusalén será llamada "ciudad fiel" (8,3). Mencionaremos que también Zacarías prevé la concentración de los pueblos extranjeros en Jerusalén para prestar reverencia a Yahvé (8,20-23; 2,15a), como ya había anunciado o estaba a punto de hacerlo Is 2,2-4; 60,1 ss; 66,18ss.

II. El profeta Malaquías

La situación histórica

Desde la restauración del Templo hasta las reformas de Esdras y Nehemías pasaron 70 años. Durante este período -estamos en el siglo V, en pleno apogeo del imperio persa, en especial bajo el reinado de Darío I (522-486 a.C.)- muy poco sabemos de la pequeña comunidad judía que residía en Judea: sólo que continuaba existiendo o vegetando. Es cierto que el número de habitantes continuaba creciendo (cfr. Esd 4,12) y que muchas ciudades abandonadas fueron reconstruidas (Ne 3; 7,32.37), aunque Jerusalén continuaba con pocos habitantes (Ne 7,4).

El mensaje social de Malaquías

La actividad de Malaquías se sitúa en la primera mitad del siglo V, un poco antes de las reformas de Esdras y Nehemías (470-460 a.C.). Su preocupación social está presente en dos pasajes (2,10-16 y 3,5), dato no despreciable, si se tiene en cuenta que este libro, con el que la Biblia cierra la serie de libros proféticos, tiene sólo tres capítulos. Al igual que en Is III y en Za, esta preocupación va aliada a un interés profundo por un culto digno y por la entrega regular de los diezmos y otras contribuciones para el templo (1,6-2,9; 3,6-12). Toda su predicación se fundamenta en una gran idea de Dios como Padre y soberano, cuyo nombre es acatado por los pueblos. Esta profunda reverencia por Yahvé

y por su nombre es el motivo último que debe incitar al cumplimiento tanto de los deberes cúltricos y rituales como también de los sociales o relativos a los miembros de la comunidad.

1. *Matrimonios mixtos (Ml 2,10-12)*. El profeta reprueba con términos duros los matrimonios de Judá que "ama y enamora la hija de un dios extraño" (cfr. Nm 21,29). Para Malaquías es una infidelidad, una profanación de la alianza de los padres y del santuario de Yahvé, una verdadera abominación, comparable a la idolatría pagana. Un matrimonio mixto, al dejar de lado a las hijas de la propia comunidad, representa una conducta infiel para con el único Padre y Creador que escogió a Israel de entre todos los pueblos y también para los miembros de la comunidad de la alianza, quienes, como hijos elegidos de un mismo Padre y Creador y unidos entre sí como hermanos en una misma familia, deben por tanto actuar como miembros de un mismo organismo social, religioso y nacional. El profeta subraya el aspecto social negativo de estas uniones mixtas, muchas de ellas por razones económicas y de prestigio, por la maldición que lanza contra los infractores. También Esdras (9,2; 10-18-24) y Nehemías (13,28; 6,17-19) se refieren a los matrimonios mixtos.

2. *Rechazo del divorcio (Ml 2,13-16)*. El profeta no indica expresamente un nexo concreto entre este problema y el anterior (¿se divorciaban para casarse con extranjeras?). También debemos tener en cuenta que este texto, y especialmente el v. 15 presenta serios problemas de crítica textual.

Aquí, como en Is 58,2-3 y 59,1-2 la comunidad se pregunta angustiada por qué sus súplicas y sacrificios no son aceptados por Dios. La respuesta directa del profeta afirma que la causa de ello es la infidelidad e injusticia del hombre contra "la mujer de tu juventud, tu compañera y la mujer de tu alianza". En comparación con la ley permisiva de Dt 24,1-4, las palabras del profeta son mucho más fuertes y como tales únicas en el AT y contrarias a las costumbres, y son la preparación de la doctrina de Jesús y de Pablo (Mt 5,32; 19,6-9; Mc 10,1-12; Rm 7,2-3).

Para Malaquías, el divorcio es un acto de "violencia" o la violación grave de los derechos de la mujer (el término hebreo *hâmas* es muy fuerte y es utilizado por los profetas para referirse a graves violaciones de los derechos de las personas). El aspecto antisocial del divorcio queda subrayado por el uso repetido (tres veces) del término "ser infiel, desleal" y por los títulos dados a la mujer: tu compañera (cfr. Gn 2,18-23) y mujer de tu alianza, que equipara, al participar de una misma alianza con Dios, a la mujer con el hombre.

A los hombres que se casan con extranjeras o que se divorcian les falta solidaridad o espíritu de comunidad, de cuya falta ya se quejaba Oseas (4, 1 b)

3. *La explotación de las personas social y económicamente débiles (Ml 3,5)*. El contexto de este pasaje es *el día de Yahvé* o la afirmación de la venida del Señor para el juicio, ante los que dudan de la realidad de una retribución justa. El Señor se hará presente en el Templo de Jerusalén para purificar a los sacerdotes y condenar a los sacerdotes y condenar a los malhechores, enumerados en cinco grupos:

a) *los magos*, ya citados en Mi 5,11 y Jr. 27,9, son más de carácter religioso que social

b) *Los adúlteros*, que violan los derechos del otro cónyuge, cuyo pecado ya había sido denunciado por los grandes profetas antiguos (Os 4,2.13ss; Jr 7,9; Ez 16,32.38).

c) *los perjuros*, que perjudican a la sociedad por su comportamiento falso y mentiroso, tanto ante los tribunales como en la vida cotidiana.

d) *los que explotan el salario de los jornaleros*. Aunque el término salario es omitido por algunos como una añadidura, queda clara la denuncia de que los jornaleros u obreros asalariados están siendo explotados y oprimidos. Libres y distintos de los esclavos o siervos que viven en casa de sus patronos, son nombrados muchas veces en los cuerpos legales y un poco también en otros pasajes, pero en ninguno de ellos nadie es acusado directamente de explotarlos u oprimirlos. Es verdad que algunas prescripciones del Levítico (19,1%) y del Deuteronomio (24,14) alertaban de este peligro. Por tanto, es en este pasaje del profeta del siglo V donde los asalariados son nombrados por primera vez como víctimas de injusticia y de opresión. Algunos siglos más tarde, el Sirácida diría que no se debe maltratar al esclavo y al asalariado (Si 7,20), y ya en el NT la carta de Santiago denunciaría con energía la explotación del asalariado (5,4).

e) *los que explotan a las viudas y huérfanos y expulsan violentamente a los extranjeros*. Este grupo de "viudas, huérfanos y extranjeros" ya lo hemos encontrado algunos decenios antes en Za 7, 1 Oa y es nombrado muchas veces en el Deuteronomio, cuyas influencias subrayan los comentaristas de Malaquías, y, a partir de Isaías, también en los profetas pre-exílicos y exílicos.

El profeta termina este pasaje acusando a sus oyentes de no *temer a Yahvé*, o sea, de que les falta el sentimiento religioso profundo. De hecho, la falta de esa religiosidad profunda constituye la raíz de donde brotan los graves pecados sociales.

Conclusión

1. El mensaje social de Is III, Zacarías y Malaquías es relativamente amplio y pronunciado. Muestra que este tema central de los profetas pre-exílicos continuaba vivo y repercutiendo en sus sucesores, aunque los tiempos hubiesen cambiado muy profundamente.

2. Como los anteriores, estos profetas son reformadores o predicadores religiosos, que lo ven todo a la luz de Dios y que, por eso, no proponen programas concretos de mejoras sociales o económicas en favor de los débiles u oprimidos. Tampoco incitan a la acción violenta, por Ej., contra los jefes irresponsables o codiciosos.

3. Siguiendo a los profetas preexílicos, también Is III, Zacarías y Malaquías insisten en ciertos *principios generales*, inculcando actitudes interiores que lleven a evitar la explotación de los débiles y a prestar auxilio a los necesitados. Insisten también en el *derecho y la justicia*; Zacarías recomienda la *solidaridad* o espíritu comunitario y la *compasión*. Los tres profetas insisten igualmente en la necesidad de *relaciones sinceras* tanto en las palabras como en la conducta. Malaquías insiste finalmente en el *temor de Dios*.

4. Estos profetas post-exílicos ya no hablan de un futuro rey davídico o soberano ideal como instaurador de la justicia y de los derechos humanos, como lo habían hechos Isaías, Jeremías y Ezequiel. Incluso Ageo, en su proclamación del davídico Zorobabel como elegido de Dios y Mesías, no menciona su tarea de hacer justicia a los pobres y oprimidos (2,20-23).

Tradujo y condensó: MIQUEL SUÑOL